

Así es como la teología oye las aspiraciones y el clamor de los pobres pidiendo trabajo y justicia, como una *interpelación de Dios* - como El escuchaba la de su pueblo en la esclavitud de Egipto-; para ella la presente "deuda social" argentina -de la que hablan numerosos documentos del episcopado-²⁸ es un verdadero "*pecado social*"; y la actual distribución tan inequitativa de la riqueza y del poder en el mundo y en América Latina es juzgada como "*estructura de pecado*".²⁹ Tales afirmaciones no dicen todavía nada de sus causas, responsables o caminos de superación -para determinarlos se necesita la contribución de las ciencias sociales-, pero sí están interpretando y juzgando la realidad social actual a la luz de la fe y de la enseñanza social de la Iglesia.

4. A modo de breve conclusión

Por consiguiente, la acción e interacción humanas, los acontecimientos históricos y los fenómenos sociales pueden ser considerados como un texto (Ricoeur) cuyo sentido y referencia es dado interpretar (comprender y explicar). Tal hermenéutica es posible según los objetos formales y los métodos tanto de las ciencias del hombre y la sociedad, como de la filosofía de la acción histórica y aun de la teología de los signos de los tiempos y, mejor aún, *en forma inter y transdisciplinar*, modo actual de buscar la unidad del saber acerca de la realidad social, a fin de realizar una acción histórica humanamente eficaz.

²⁸ Entre otros textos, ver: *Afrontar con grandeza la situación actual*, Declaración de la 80ª Asamblea Plenaria de la CEA (noviembre de 2000), donde se dice, en el N° 6: "la gran deuda de los argentinos es la deuda social".

²⁹ Los conceptos teológicos (inspirados por la teología de la liberación) "pecado social" y "estructuras de pecado" son empleados por Juan Pablo II en su encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* (1987), N° 36; en la nota 65 remite asimismo a su exhortación postsinodal *Reconciliatio et paenitentia* (1984), N° 16.

Mujer y varón: nuevas relaciones, nuevos vínculos

por Gerardo Daniel Ramos SCJ

Facultades de Filosofía y Teología. San Miguel

Sin lugar a duda, una de las herencias más significativas que nos ha dejado la última mitad del s. XX -al menos en Occidente- es la profunda transformación producida en el modo de relación y vinculación del varón y la mujer¹.

Esta transformación afecta tanto a la autocomprensión que cada uno/a hace de sí mismo/a, como así también al conjunto de la vida social, y particularmente a los diferentes ámbitos humanos e instituciones en donde personas de ambos sexos interactúan. Por último, y en un orden específicamente teológico, sugiere nuevos horizontes en la comprensión sacramental de esas relaciones y vínculos.

La intención de este breve artículo es delinear estas transformaciones y señalar algunas perspectivas de profundización tanto antropológicas como teológicas.

1. El hombre en su contexto histórico-existencial

1.1. Llamado a la autotranscendencia teocéntrica...

Cada persona se experimenta a sí misma como *misterio*. Esto significa que, cuando más allá de las actividades que desempeñamos en la vida, por diferentes motivos nos quedamos en silencio y nos encontramos con lo más profundo de nosotros mismos, no terminamos de comprendernos ni abarcarnos. Más allá de lo funcional de los roles que socialmente realizamos, de los dones y limitaciones que valoramos o reconocemos, de las personas con quienes habitualmente nos encontramos, y de los ideales y anhelos que acrisolamos, cada uno de nosotros es "un algo más". Nos trascendemos a

¹ A medida que avance la reflexión voy a explicar la inversión de este orden "más tradicional" en el título del artículo.

nosotros mismos en esta misma consideración de sabernos más de lo que manifestamos².

Para las personas de fe, esto se funda en la *experiencia religiosa*. Nos autocomprendemos en Dios como misterios referidos al misterio. El libro del *Génesis* lo expresa diciendo que somos "imagen y semejanza de Dios" (1,26). Más ampliamente, el *Nuevo Testamento* nos revela que somos "hijos en el Hijo" (cf. *Gal* 4,4). De ahí que pueda decir el Concilio Vaticano II que "Jesucristo revela el hombre al hombre" (*GS* 22). Y dada esta realidad, "sólo en el sincero don [pascual] de sí mismo a los demás" (*ib.*) –amando con el mismo amor con que Cristo amó– es que esa imagen y esa filiación divina resplandecen plenamente.

Pero el hombre es también un *ser sexuado*. Fue creado "varón y mujer" (*Gn* 1,27) y el llamado que experimenta al amor teocéntrico³ se realiza desde esta doble posible modalidad de existencia. Es más, esta modalidad masculina o femenina de ser y de amar entra dentro del horizonte sacramental con que los textos bíblicos comparan el amor entre Dios y los hombres, Cristo y la Iglesia. Esto sugiere hablar de un radical llamado –en todo hombre– a la autotranscendencia teocéntrica desde la propia condición sexual.

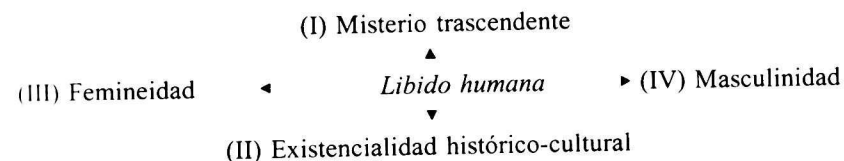
1.2. ...A partir de un ámbito de existencialidad histórico-cultural

Estas afirmaciones filosófico-teológicas universales son experimentadas y vividas en lo concreto a partir de un determinado contexto psico-histórico-cultural. Este marco experiencial le da a la persona una percepción original tanto de su propia dimensión trascendente como de su modalidad afectiva. Así, por una parte la existencialidad de lo histórico-cultural se abre al misterio trascendente y el misterio trascendente se devela en lo histórico-cultural. Por otra, lo femenino se abre a lo masculino en la mujer, y lo

² Esta temática la desarrolla recurrentemente Agustín en sus *Confesiones*. "Tú eres, Señor, el que me juzgas; porque, aunque ninguno de los hombres conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él, con todo, hay algo en el hombre que ignora aun el mismo espíritu que habita en él; pero tú, Señor, conoces todas sus cosas, porque tú lo has hecho. También yo, aunque en tu presencia me desprecie y me tenga por tierra y ceniza, sé algo de ti que ignoro de mí (...). Confiese, pues, yo lo que sé de mí; confiese también lo que de mí ignoro; porque lo que sé de mí lo sé porque tú me iluminas, y lo que de mí ignoro no lo sabré hasta tanto que mis tinieblas se conviertan en mediodía ante tu presencia" (10,1ss).

³ Cf. Rulla, L., *Antropología de la vocación cristiana (I)*, Atenas, Madrid, 1990. La expresión "llamado al amor teocéntrico en la consistencia" resume lo más significativo de esta teoría interdisciplinar.

masculino a lo femenino en el varón, de modo que la libido humana oscila entre cuatro polarizaciones fundamentales:



Resulta claro que el modo de vivir la autotranscendencia en el amor teocéntrico puede estar orientado con talentos diversos tanto respecto al eje vertical del esquema como al horizontal. El Espíritu que actúa en el corazón del hombre "concreto, histórico y real"⁴ obrará desde una orientación de la personalidad que tomará en cuenta factores bio-psico-sociales dados y adquiridos.

1.3. Horizonte epistemológico: el método teológico interdisciplinar

Con estos presupuestos, procuraré desarrollar los contenidos a partir de un método teológico interdisciplinar. Partiendo de lo histórico-fenomenológico intentaré una comprensión sistemática de la mujer y el varón, como así también del modo de relacionarse y vincularse de estos, abierta al dato teológico.

2. En búsqueda de la identidad varón-mujer

Comienza lo difícil. No es fácil tratar de tipificar especificidades. Creo, incluso, que no podría hacérselo de manera "absoluta", debido en gran parte a que nuestra aproximación al varón y a la mujer concretos se hace desde plasmaciones históricas contingentes. No obstante, pienso que se puede intentar "contemplar" lo que uno y otra han ido manifestando de sí como originalidad específica a lo largo del tiempo.

2.1. Desde la alteridad de los vínculos...

El hombre –varón o mujer– surge en gran parte desde la relación y los vínculos. Creado a imagen y semejanza de Dios, llamado a vivir en la familia de Dios, guarda analogías profundas con las personas de la Trinidad. En este misterio fundante de la fe cristiana, las personas son tales a partir de

⁴ Cf. Juan Pablo II, *Carta Encíclica "Redemptor hominis"*, 13-14.

relaciones subsistentes. La originalidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo sólo se revelan a partir de la relación con las otras personas.

También el hombre se comprende a sí mismo sólo desde la alteridad. Alteridad respecto a un Tú absoluto, respecto a la naturaleza y la historia, y particularmente, alteridad de relación y vínculos humanos. Dentro de esta alteridad específica entra la alteridad sexual. Alteridad de lo masculino y femenino que el hombre encuentra en diversos grados en sí mismo (el *animus* y el *anima* de Jung), y que normalmente, por prevalecer una u otra, lo constituyen en varón o mujer. No se capta la originalidad del varón sin referencia a la mujer, ni la de la mujer sin referencia al varón. En el espejo del otro o de la otra el hombre deviene sí mismo.

2.2. ...Aproximación al misterio de la mujer⁵

Los estudios acerca de la evolución cromosómica⁶ del hombre parecen indicar que el ser del varón surge de una diferenciación del de la mujer. Dicho de otro modo, la base común del constitutivo humano es lo femenino (X), y sólo después se diferencia y estructura lo masculino (Y). Esto sugiere que para entender al hombre hay que comenzar por observarlo en la mujer. De ahí que en el título de este artículo haya preferido este orden: mujer y varón.

Clásicamente, a la mujer se la vio como interioridad, generadora de vida, capacidad de acogida y nutrimento. Estos rasgos no tipifican necesariamente roles, sino más bien su condición existencial, su talante y "genio" propio⁷. Habría casi una localización corpórea de estos rasgos predominantes: interioridad a partir de las entrañas gestantes de vida, acogida a partir de los pechos nutricios. Estos rasgos han quedado de algún modo también "sacralizados" en las religiones en la visión de las diferentes diosas, y en el caso del cristianismo, en la figura de María como "rostro materno de Dios".

Pienso que estas características medulares favorecen en la mujer la dimensión contemplativa (perceptiva) de la vida y de las cosas, como así también el acercamiento concreto a las personas y a lo humano⁸.

⁵ Como obra de ampliación, cf. Porcile, T., *El cuerpo de la mujer*, San Pablo, Buenos Aires, 1997.

⁶ Cf. AAVV, *Problemas éticos que plantean las técnicas que actúan sobre la reproducción humana*, San Pablo, Buenos Aires, 1995, cap.VII: "Biología de la reproducción humana", 161ss.

⁷ Cf. Juan Pablo II, *Carta a las mujeres*, 2.

⁸ "La maternidad conlleva una comunión especial con el misterio de la vida que madura en el seno de la mujer. La madre admira este misterio y con intuición singular 'comprende' lo que lleva en su interior. A la luz del

2.3. ...Y del varón

Lo masculino surge como diferenciación estructurante de lo femenino. Freud lo explica en relación al complejo de Edipo, como separación de un fusionado mundo paradisiaco del niño en relación a la madre. El padre impone la ley, que introduce el principio de realidad en la vida del hijo.

Tradicionalmente, se definió al varón (occidental y europeo) con rasgos de racionalidad normativa y fuerza activa. Se lo localizó fuera de la casa, en el mundo, como organizador y conquistador. Su mayor tamaño relativo respecto de la mujer, y su natural desvinculación de la maternidad de ésta, lo fueron haciendo también más dominador, autónomo e independiente. Desde una perspectiva física es de notar su mayor musculatura y –en el orden específicamente genital– su "estar hacia fuera". En cierto modo podría decirse que el varón (en cuanto "masculino") no tiene "in-corporada" una interioridad propia.

Pero si consideramos que lo masculino se estructura (genéticamente) a partir de lo femenino, el varón no pierde (ni atrofia) su *anima*. De ahí que estén latentes en su ser también rasgos contemplativos y acogedores. Sucede, no obstante, que la integración personal no le resultará tan fácil y natural como a la mujer.

3. Nuevas relaciones, nuevos vínculos

Hablar de nuevas relaciones y de nuevos vínculos supone que existieron otros "antiguos". En efecto, haciendo un recorrido por la historicidad cultural concreta –al menos en el mundo occidental y hasta hace poco– tendió a prevalecer el patriarcalismo. En el derecho romano, el *pater familiae* era señor absoluto del hogar. Las guerras y luchas que marcaron los siglos de historia europea y en parte americana acentuaron la tendencia a una subordinación de la mujer, que quedaba confinada al hogar, para tener y cuidar a los hijos.

En relación al varón –tal vez simplificando mucho– su misión era ser "descanso del guerrero". Esto condujo también a un cierto aislamiento y soledad del varón, y a una idealización del "eterno femenino" (como puede constatar, incluso, en algunas advocaciones marianas). En la racionalidad moderna puede percibirse el ejemplo más claro. Una racionalidad que terminó

'principio' la madre acepta y ama al hijo que lleva en su seno como una persona. Este modo único de contacto con el nuevo hombre que se está formando crea a su vez una actitud hacia el hombre –no sólo hacia el propio hijo, sino hacia el hombre en general– que caracteriza profundamente toda la personalidad de la mujer" (*Mulieris dignitatem*, 18).

siendo violenta y destructiva. Y entonces, dado que el mundo se había tornado inhóspito, la interioridad de la mujer condujo a la cultura occidental (impregnada por la fe cristiana) a acentuar la "esperanza en el más allá". Podría ser ejemplificador el derrotero de Teresa del Niño Jesús y lo que posteriormente ella misma significó en la Iglesia⁹.

3.1. *La historia reciente*

La caída de la modernidad y el ingreso a la postmodernidad señala un cambio de paradigma global casi inédito. Desde la perspectiva "sexuada" que estoy analizando, la postmodernidad no es sólo el último coletazo de la modernidad, sino una frontal oposición y desestructuración de la misma. Se expresa como una fuerte reacción de lo femenino (lo simbólico, pequeño y cercano, intuitivo e interno, lo místico) frente a lo masculino (lo racional y analítico -claro y distinto-, lo grande del megarrelato, la historia y lo filosófico). También en una nueva instalación de la mujer en el imaginario social. Las últimas décadas -en Argentina desde los años 60"- han sido testigos de esta acelerada transformación¹⁰. Cada vez más y en más ámbitos el varón tiene que ceder o resignar espacios. Creo que los eventos socio-culturales que fueron perfilándose en estos últimos años en nuestro país, con el descrédito de la clase política (mayoritariamente hombres) y el surgimiento solidario de la sociedad civil (mayoritariamente mujeres) es un signo inequívoco de lo que estoy diciendo.

3.2. *Logros y dificultades*

Todo esto tiene de positivo el aflorar de una dimensión de lo humano que hasta hace unos años parecía "enterrado". Lo femenino abre perspectivas y horizontes, invita a "una nueva imaginación de la caridad", incluye lo lúdico e inédito, el misterio que irrumpe. Desestructura lo viejo y caduco (institucionalizado a lo largo del tiempo) y permite el ingreso de aire nuevo. La mujer hoy se siente mucho más protagonista, si bien todavía hace sentir sus reclamos y aspiraciones, en muchos casos legítimos.

Pero también interpela al varón. Este siente que los lugares y ámbitos que naturalmente le venían antes asignados ya no son suyos. A

⁹ En efecto, ella experimentó en carne propia las restricciones propias de su estado de vida y de su época -hacia fines del s.XIX y principios del XX. Volcó toda su afectividad en un amor en esperanza, y depositó en la morada definitiva del cielo su anhelo de amar a todos los hombres y ser en el corazón de la Iglesia el amor.

¹⁰ Cf. Feijoo, C.- Nari, M., "Los sesenta de las mujeres", en: *Todo es Historia* N°321, abril de 1994.

medida que culturalmente se van haciendo más importantes las relaciones humanas, se va descubriendo a sí mismo como menos capacitado para la participación. Llama la atención el desplazamiento del varón del mercado laboral, de la educación formal e informal, de la vida familiar. Cultivó la "inteligencia racional" y hoy se requiere "inteligencia emocional"¹¹. Los aparentes ámbitos de decisión en los que se fue posicionando son simplemente eso: aparentes. El movimiento socio-cultural hoy es conducido prevalentemente por mujeres, muchas veces utilizando como "trampolín" la crítica al viejo modelo.

El varón quedó descolocado. Esto suscitó diferentes actitudes. Una, más "primitiva", la de una sensación de impotencia y bronca que se expresa a manera de violencia. Aparejada a ésta, la tentación de la evasión (por ejemplo, en el alcohol). Otra, que es la de acomodarse "al nuevo orden", como tratando de negociar ámbitos, espacios y modos de intercambios. La última, todavía bastante rara, la de replantearse su propia identidad de varón.

3.3. *Perspectivas superadoras*

En efecto, me da la impresión que el varón no ha ahondado todavía en esta última alternativa. Generalmente ha venido estructurando su personalidad en torno a la idea de jefe o líder, en donde lo importante es tener la última palabra, haciendo prevalecer una actitud -de fondo- dominadora y competitiva: tener para poder. Esto puede llegara a tener hasta connotaciones específicamente genitales.

Creo que una veta a explorar es la del diálogo con lo "propio femenino": su propia capacidad de intuición, ternura y acogida, o de abrirse a lo valioso de la vida en paciente actitud contemplativa. Evidentemente esto lo descubrirá más fácilmente en sí mirando a la mujer, y en cierto modo "apropiándose" más conscientemente de algunos de estos rasgos.

En relación a la mujer, creo que el varón tendría que cultivar más su capacidad de "acompañar": intuiciones y percepciones, iniciativas y actividades, sin una actitud de "dependencia filial" pero tampoco sin "alejarse", sin seguir todas las búsquedas e inquietudes de ella/s (¡se volvería loco!) pero colaborando con las que va discerniendo como más importantes. Esto lo humanizará más y le permitirá experimentar más fácilmente la vida como "don"¹².

¹¹ A respecto, la obra de Goldmann, *La inteligencia emocional* se ha venido convirtiendo en best-seller.

¹² Son interesantes las observaciones de Juan Pablo II respecto a la figura de san José. "José (...) tomó consigo a su mujer. Y no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo' (Mt 1,24-25). Estas palabras indican también otra

En contrapartida, la mujer ha tendido últimamente a un estilo más independiente e incluso "agresivo" hacia el varón. Detrás de esto pueden haber comprensibles razones históricas¹³. No obstante tendrá que descubrir que una actitud combativa nunca logrará reconstruir nuevas relaciones y vínculos. Y si esto no acontece ella lo sufrirá –tal vez- en una suerte de dificultad para dar continuidad y concreción a sus intuiciones y proyectos.

Además, la "agresión", tanto de cuño masculino como femenino no es sino la exteriorización de una todavía precaria autoestima. En la medida en que se va afianzando una "recreada identidad" tiene que ir madurando una nueva y más gozosa modalidad de encuentro y colaboración recíprocos.

4. "A imagen y semejanza de Dios": en el plano sacramental

Voy a tratar de introducirme ahora en el plano sacramental, entendido éste en un sentido amplio. Si el hombre –varón y mujer- fue

proximidad esponsal. La profundidad de esta proximidad, es decir, la intensidad espiritual de la unión y del contacto entre personas –entre el hombre y la mujer- proviene en definitiva del Espíritu Santo, que da la vida (cf. *Jn* 6,63). José, obediente al Espíritu, encontró justamente en El la fuente del amor, de su amor esponsal de hombre, y este amor fue más grande que el que aquel 'varón justo' podía esperarse según la medida del propio corazón humano" (*Redemptoris custos*, 19).

¹³ Dice el Papa que "por desgracia somos herederos de una historia de enormes condicionamientos que, en todos los tiempos y en cada lugar, han hecho difícil el camino de la mujer, despreciada en su dignidad, olvidada en sus prerrogativas, marginada frecuentemente e incluso reducida a esclavitud. Esto le ha impedido ser profundamente ella misma y ha empobrecido la humanidad entera de auténticas riquezas espirituales. No sería, ciertamente, fácil señalar responsabilidades precisas considerando la fuerza de las sedimentaciones culturales que a lo largo de los siglos, han plasmado mentalidades e instituciones. Pero si en esto no han faltado especialmente en determinados contextos históricos responsabilidades objetivas, incluso en no pocos hijos de la Iglesia, lo siento sinceramente. Que este sentimiento se convierta para toda la Iglesia en un compromiso de renovada fidelidad a la inspiración evangélica que precisamente sobre el tema de la liberación de la mujer de toda forma de abuso y de dominio tiene un mensaje de perenne actualidad, el cual brota de la actitud misma de Cristo. El, superando las normas vigentes en la cultura de su tiempo tuvo en relación con las mujeres una actitud de apertura, de respeto, de acogida y de ternura. De este modo honraba en la mujer la dignidad que tiene desde siempre, en el proyecto y en el amor de Dios" (*Carta a las mujeres*, 3).

creado "a imagen y semejanza de Dios" (*Gn* 1,26) y si después de hacerlo "vio Dios que todo era muy bueno" (*Gn* 1,31), es señal que en el ser humano sexuado –uno en la dualidad de personas- se refleja la realidad misma del Dios trinitario de un modo privilegiado.

4.1. Varón y mujer en el matrimonio

A lo largo de toda la Sagrada Escritura se compara el modo de relación y vinculación de Dios con su Pueblo al de los esposos. Este lenguaje nupcial, no ajeno a los condicionamientos culturales de las épocas y culturas bíblicas, muestra con claridad que el amor humano tiene mucho que ver con nuestra vida en Dios. Los tiempos escatológicos son comparados a una boda: la de la Nueva Jerusalén con el Cordero (cf. *Ap* 21,2). A esa "hora nupcial" tiende nuestro bautismo (cf. Bodas de Caná, *Jn* 2,1ss).

Por eso "no puede separar el hombre lo que Dios ha unido" (*Mt* 19,6): el matrimonio cristiano es sacramento de la indisoluble vinculación de Dios con los hombres, de su ingreso definitivo en la existencialidad histórica del hombre y de los pueblos, como así también de la inserción de estos en el seno de la Trinidad. Los Padres de la Iglesia contemplaron esta nupcialidad en el mismo misterio de la encarnación¹⁴.

Así como las personas del Padre y el Hijo subsisten en Dios en un mismo Amor, que es el Espíritu, con una recíproca y fecunda donación en él de la totalidad de su ser (el Padre donando su divinidad y participándola a la creatura, el Hijo devolviéndose obedientemente e incluyendo), también los esposos participan de este amor fontal y fecundo de Dios. Lo hacen en la medida en que llegan a ser "uno como tú Padre en mí y yo en ti" (cf. *Jn* 17,22ss), en la recíproca y paciente escucha y servicio, propiciando un fecundo diálogo, encuentro y comunión abierto a la vida en los hijos.

4.2. En la vida de la Iglesia

No obstante, la vivencia de la sexualidad no se agota ni en el matrimonio ni en la genitalidad. Dado que toda la vida del hombre –varón o mujer- es sexuada, la sacramentalidad de esta vinculación de Dios con su pueblo queda también de algún modo expresada en muchas otras formas de relación y vinculación fraternas. Cada comunidad cristiana tendría que llegar a ser sacramento –en medio del mundo- de esta experiencia fontal. En *Lc* 8,1ss se hace notar que no sólo los "Doce" sino también "muchas mujeres" formaban parte de la comunidad de discípulos. No sólo Pedro profesa la fe (cf. *Mc* 8), sino también Marta (cf. *Jn* 11,27). También el anuncio de

¹⁴ Por ejemplo, Ireneo, *Contra las herejías*, 3,18,7ss

resurrección es realizado por ambos (cf. *Jn* 20,2 y *Hch* 2,14ss). Así, tanto lo "mariano" como lo "petrino" pertenecen a la vida misma de la Iglesia.

Una comunidad, pues, vivirá simultáneamente su fidelidad histórica y su peregrinación escatológica, su misterioso carácter materno-gestante y su sacramental servicio en el mundo en la medida en que el amor fraterno participe de algún modo de esta vivencia nupcial del Cordero y la Nueva Jerusalén. Entonces los dones complementarios de varones y mujeres contribuirán a una vida y pastoral más resplandeciente y luminosa en medio de la historia humana, conduciendo a los pueblos hacia una más plena comunión.

4.3. En la vida célibe

Hasta hace unas décadas el celibato era entendido prácticamente como una renuncia a la sexualidad. Hoy, gracias a la investigación de las ciencias humanas –especialmente a la psicología– queda claro que una renuncia a la sexualidad sería también una renuncia a la capacidad de amar y al amor. Y esto no sería ni evangélico ni humano.

Si la persona célibe es en medio de la Iglesia y el mundo "icono de Cristo transfigurado"¹⁵, anuncio por su vida y testimonio del Reino definitivo, su impronta personal no puede ser ajena a la nupcialidad. Según la tradición, una virgen se desposa con Cristo-Esposo, y un obispo con su Iglesia particular (y por eso lleva un anillo). En ambos casos, la experiencia esponsal tiende a ser inclusiva, por su connotación netamente escatológica (en el primer caso) y prevalentemente pastoral (en el segundo): nadie puede quedar excluido de este amor. Para la persona célibe, la sexualidad tiene que ser vivida como desafío de inclusión de todos y todas, y de la misma creación que "hasta el presente sufre dolores de parto" (*Rom* 8,22). El celibato es un don y un llamado a personalizar siempre más, en un horizonte que tienda asintóticamente hacia el Reino definitivo instaurado en el corazón de la historia y en el seno de Dios. Formarse para una vida célibe supondrá, por tanto, incluir en primer lugar todo lo humano propio, que es sexuado, en una lógica apertura a la reciprocidad que en este caso tendrá no sólo el estímulo de la fraternidad, sino también el de indicar una consumación escatológica que está siempre más allá del presente histórico –como promesa de "adviento".

A lo largo de la vida del consagrado/a, esta capacidad de amor célibe puede verse enriquecida por diferentes experiencias de encuentro sexuado-sacramental. Esas mismas experiencias de encuentro y reciprocidad

¹⁵ Juan Pablo II, *Exhortación apostólica "Vita consecrata"*, 14.

"despiertan" lo mejor del hijo/a de Dios presente en cada uno/a: eleva la capacidad afectiva a lo mejor de sí mismo/a¹⁶.

Y me atrevería a hacer una última afirmación. Con el tiempo, el trasfondo esponsal del amor a Dios y en Dios podrá incluso simbolizarse (a manera de "icono" para el célibe o la virgen) en una persona del otro sexo, de modo no absorbente ni posesivo (como necesariamente tendrá que serlo –al menos en parte– en el matrimonio). Una vinculación acuñada de este modo a lo largo de años –de ser auténtica– no alejará, sino que potenciará otras vinculaciones comunitarias y fraternas, y sobre todo, favorecerá una mayor libertad interior para el servicio pastoral sin búsquedas de gratificaciones egoístas ni narcisistas, y en el horizonte de una gozosa esperanza de "cielos nuevos y tierra nueva" (*Ap* 21,1).

Conclusión

Así como la teología occidental tendió a desarrollar lo cristológico en detrimento de lo pneumatológico y hoy busca revertir esta tendencia, la Iglesia y la sociedad tendieron a valorar lo masculino por encima de lo femenino, y hoy también en esto se procura saldar una deuda histórica¹⁷.

Del mismo modo que la autocomunicación en Dios y de Dios sólo se comprende a partir de la doble procesión en la historia (de la verdad) y en el espíritu (del amor)¹⁸, lo profundamente sacramental de la realidad humana (tanto en su expresión individual y familiar y social) sólo se comprende desde la distinción en la unidad de lo masculino y femenino, presente en el varón y la mujer.

Y así como hoy la teología (atenta a los signos de los tiempos) a veces comienza por el Espíritu para orientarse en Cristo hacia el Padre, tal vez la antropología (social, filosófica y teológica) deba comenzar por la mujer para con el varón rescatar lo plenamente humano. Eclesialmente esto podría traducirse como el desafío de una mayor atención y reciprocidad fraterna ("¿perijorética?") de los pastores (aspecto "petrino") hacia y con sus comunidades (dimensión "mariana") en las que el Espíritu mora.

¹⁶ Cf. López Quintás, A., *El amor humano. Su alcance y su sentido*, Edibesa, Madrid, 1991, 105ss.

¹⁷ La anterior observación de I. Congar va acompañada de su meditación sobre la femineidad del Espíritu (cf. *Je crois en l'Esprit-Saint*, III, 206-208, citado por F. Ma-Mumbimbi en "Síntesis de la teología trinitaria en Ives Congar", en: *Estudios Trinitarios* 25 (2000) 420-421).

¹⁸ Rahner, K., "El Dios Trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación", en: *Mysterium Salutis* I-II, 429.